

Juan Pérez Jolote: el acierto técnico de Ricardo Pozas

ANTONIO DURÁN RUIZ Y JOSÉ MARTÍNEZ TORRES | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE CHIAPAS

Resumen

En este artículo se observa cómo Ricardo Pozas Arciniega empleó los recursos de la narrativa autobiográfica para contar la historia de un indio de San Juan Chamula, en Los Altos de Chiapas. Se ofrecen algunos datos generales de la brillante trayectoria académica del autor, quien vivió largos períodos en el pueblo mencionado. Sobre todo, se llama la atención al hecho de que supo aprovechar los recursos de la antropología para dar al lector una enorme cantidad de pruebas de verosimilitud a lo largo del libro que tituló con el nombre de su protagonista y al que agregó el epíteto *Biografía de un tzotzil*.

Abstract

This article shows how Ricardo Pozas Arciniega used the resources of the autobiographical narrative to tell the story of an indian from San Juan Chamula, a town located in Los Altos de Chiapas. Some general data of the brilliant academic trajectory of the author, who lived long periods in the town mentioned, are offered. Especially, attention is drawn to the fact that he was able to take advantage of the resources of anthropology to give the reader an enormous amount of verisimilitude proofs throughout the book, which he titled with the name of its protagonist and to which he added the epithet *Biography of a Tzotzil*.

Palabras clave: etnografía, literatura indigenista, relato biográfico.

Keys words: ethnography, indigenist literature, biographical story.

Para citar este artículo: Durán Ruiz, Antonio y José Martínez Torres, "Juan Pérez Jolote: el acierto técnico de Ricardo Pozas", en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 50, semestre I de 2018, UAM-Azcapotzalco, pp. 57-65.

Escrito como un testimonio en primera persona, *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil* aprovechó las ventajas técnicas y estructurales de la literatura confesional para poner al servicio de los tzotziles de San Juan los utensilios del relato. Las dos cualidades que lo hacen un gran libro son las siguientes: en primer lugar, es el resultado de conocer directa y minuciosamente los materiales con los que se realiza la obra; en segundo, está la cualidad de elegir el procedimiento técnico idóneo: la autobiografía, que le permite adoptar una objetividad naturalista, con una destreza notable para los diálogos, así como para los innumerables detalles que acompañan las acciones.

Junto con lo anterior, las opiniones y reflexiones personales de Pozas, sus elucubraciones, se eliminan del todo para que los hechos queden explicados por sí mismos, incluidos los ritos indígenas, como cuando Juan Pérez Jolote relata el movimiento de su madre al amanecer:

...el día empezó a aclarar, el sol se apareció detrás de los montes. Mi madre puso unas brasas en el incensario de barro y salió a recibir los primeros rayos del sol; echó copal al brasero, se hincó, besó la tierra y pidió al sol salud y protección para todos.¹

También están los ritos que aparecen al final del libro y que se llevan a cabo en el Carnaval Chamula durante el mes al que ellos mismos designan como Febrero loco, o las escenas sexuales, como cuando el protagonista se vuelve el amante de una mujer vieja.²

Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil es muy breve; su sentido de la economía narrativa no le permite elaborar metáforas y descripciones. Puede verse como una especie de novela de formación en la que el narrador va de una peripecia a otra sin abandonar la relación cronológica de los hechos de una vida, que parten de la infancia y cierran en la edad adulta, cuando su hijo y su mujer le suplican: "Ya no tomes más, me dicen mi Lorenzo y mi Dominga, pero yo no puedo dejar de tomar. Hace días que ya no como... Así murió mi papá. Pero yo no quiero morir. Yo quiero vivir." Es la última frase del libro.

¹ Ricardo Pozas, *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil*, p. 54.

² *Ibid.*, pp. 43-44.

Pozas requirió de cerca de 100 notas para explicar ciertos términos que utiliza el personaje, así como algunas situaciones y objetos ajenos al universo ladino, lo que funciona a la perfección como datos que aportan verosimilitud al relato, lo mismo que se logra con los nombres: Petra Pérez Culish, Salvador Hernández Lampoy, Domingo Heredia Mokojol, Pacual Pérez Unintuluk, Pascuala Collazo Mechij, una mezcla de nombres ladinos e indígenas —debe recordarse que, al nacer, los últimos se designan con su chulel o nagual.

De este modo, al adoptar la voz de Juan Pérez Jolote, un tzotzil que ha sido informante, narrador y testigo de la vida de San Juan Chamula, se puede hablar con autoridad de los ritos y de los hábitos; se puede hacer una relación de los santos católicos y su adaptación a la mitología tzotzil, la cual le ha asignado funciones y oficios, como en este pasaje donde se señala:

...San Miguel, el patrón de los músicos, él ayuda y da bendición a los músicos. Es el jefe de las guitarras y de las harpas; a él vienen las que tienen cargo de músicos, porque ellos se pasan los días y las noches tocando en fiestas y funerales, y él les quita el sueño. A él le piden que cuide a sus mujeres. [...] Éste es San Nicolás, es el patrón de las gallinas; lleva sus bateas para poner el maíz y dar de comer a las gallinas.³

Dice Juan Pérez Jolote que anhelaba tener algún cargo en la estructura social de San Juan, pues “oía cómo saludaban a los

que habían sido autoridades: ‘Adiós, pasado alcalde’, ‘Adiós, pasado alférez’, ‘Adiós, pasado martomo’, que son nombres de respeto”⁴. Entonces tuvo un sueño:

...vi que venía un hombre, no sé quién sería, tal vez sería el Dios; pero se parecía mucho a Domingo de la Cruz Chato. Lo vi que se me acercaba y me decía al oído todo lo que ahora digo en la fiesta del carnaval⁵.

En *Los grandes momentos del indigenismo en México*, Luis Villoro⁶, apunta que el mundo indígena es una gran oportunidad de trascendencia que dejamos pasar de lado porque alberga una realidad oculta, desconocida y misteriosa, cuya presencia puede constituir un campo de fascinación y de puertas que nos liberen de cárceles ideológicas. Estas páginas de Ricardo Pozas Arciniega auxilian significativamente en el proceso de comprensión de la vida indígena.

Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil, publicada en 1948, es —como se dijo— el fruto de una vasta investigación de campo, de la observación directa de la sociedad de San Juan Chamula, al mismo tiempo que está expuesta con los instrumentos narrativos que más le convenían al tema.

Se ha reeditado varias veces a partir de su aparición; ha sido traducido a diversos idiomas e incluso inspiró la producción de una película. El Jolote, como se refería Pozas al libro, marcó el inicio de un nuevo sesgo,

⁴ *Ibid.*, p. 78.

⁵ *Ibid.*, p. 103.

⁶ Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, pp. 241-242.

³ *Ibid.*, p. 100.

no sólo en la antropología, sino también en la historia de la literatura mexicana.

Pozas Arciniega es autor de una considerable obra académica; además, en 1953 fue director del Centro Coordinador Indigenista Tzeltal-Tzotzil, conocido como La Cabaña, instalado por el Instituto Nacional Indigenista (INI) en San Cristóbal de las Casas en 1950, institución donde colaboraron escritores como Juan Rufo, antropólogos como Alfonso Caso y artistas plásticos como Alberto Beltrán, que ilustra también el libro en cuestión.

Además, Pozas realizó numerosas y prolongadas estancias en el campo mexicano, lo que marcó el sentido de su pensamiento y de su trabajo. Estaba seguro de que la tarea del maestro no era solamente enseñar a leer y a escribir dentro de la escuela, sino que había también que organizar a los campesinos, participar con ellos en la solución de sus problemas. Por esto, Pozas formó parte de algunos levantamientos sociales, siempre apoyando a la clase desprotegida.

Decidió adherirse a los campesinos cuando estuvo trabajando por última vez como maestro rural en Querétaro, su estado natal, en el pueblo de San Sebastián de las Barrancas. Era el período presidencial del general Lázaro Cárdenas. La clase obrera y campesina estaba viviendo una situación decisiva y era respaldada por el presidente del país. Hubo una alianza entre la organización obrera y el gobierno. Paralelamente, se dio una estrecha relación entre los trabajadores urbanos y rurales para solucionar los problemas que también agobiaban a éstos.

Cárdenas llevó a cabo la repartición de tierras en favor de los campesinos pobres;

Pozas apoyó la iniciativa; consideraba que el educador debía enfrentarse a la realidad de los marginados: salir también de las aulas e insertarse en el campo para conocer sus padecimientos, los obstáculos que enfrentan.

Después de trabajar en el norte del país, volvió a la Ciudad de México e ingresó en la Escuela Nacional de Antropología, donde conoció a los profesores Miguel Othón de Mendizábal y Paul Kirchhoff, quienes influyeron en su formación. Este último lo inició en el estudio y en la interpretación marxista de la antropología.

Independientemente de la teoría impartida en la escuela, lo que más llamaba la atención de Pozas era la antropología aplicada; es decir, la teoría aunada a la práctica social.

Realizó investigaciones de campo con Salomón Tax, catedrático de la Universidad de Chicago, quien llevó a un grupo de estudiantes destacados a realizar prácticas a Zinacantán, en los Altos de Chiapas. Este acercamiento a los pueblos tzotziles le despertó gran interés. Era un mundo nuevo aunque no del todo ajeno, pues ya había conocido pueblos otomíes en regiones donde impartió clases. Al terminar la primera práctica, estudió a los habitantes de San Juan Chamula, en 1940, y logró introducirse de lleno en su mundo, ayudado por Salomón Tax.

Once años después de la publicación de *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil*, presentó un trabajo de mucha utilidad para la antropología y la sociedad mexicanas: *Chamula, un pueblo indio de los Altos de Chiapas* (1959).

La novela indigenista como ésta a la que nos venimos refiriendo, tuvo su auge en los años cuarenta del siglo xx. Entre otros re-

latos aparecieron *Nayar* de Miguel Ángel Méndez (1941), *Los peregrinos inmóviles* de Gregorio Fuentes y Mares (1944), *Lola Casanova* de Francisco Rojas González (1947), *Donde crecen los tepozanes* de Miguel N. Lira (1947), *El callado dolor de los tzotziles* de Ramón Rubín (1949), como señala Sara Sefchovich⁷.

Anteriormente, el indígena aparecía como un personaje romántico, si no idealizado, poco observado. En el mismo sitio, Sefchovich también escribe que *Juan Pérez Jolote* es el relato más excepcional que se escribió en esta tendencia porque rompió con los lugares comunes y la buena fe de los novelistas. No se trata de mostrar las supersticiones indígenas, sus hábitos o modos de vida con afares de reforma social, ni de miradas complacientes o paternalistas. Lo que Pozas logra de un modo tanto científico como artístico es la objetividad con que observa el universo indígena.

Según Enrique Anderson Imbert,⁸ la literatura de tema indigenista es una especie de servicio que se hace a los indios para que expresen su visión de las cosas. Es decir, al menos en el caso de este libro, se ha utilizado el instrumento occidental del relato realista para dar expresión a un personaje de las comunidades marginadas del país.

Resulta significativo que uno de los mejores relatos mexicanos no haya sido obra de un novelista propiamente dicho, sino de un antropólogo que aprovechó la forma lite-

ria de la autobiografía. *Juan Pérez Jolote* es un estudio antropológico que se parece demasiado a la literatura, o bien, una novela que se parece demasiado a la antropología, ya que toma sus materiales de la experiencia directa, mediante diarios de campo y métodos propios de esa disciplina. Así, un indio chamula es el narrador-protagonista que con sus palabras revela el modo de vida de todo un pueblo.

Juan Pérez Jolote fue en su origen un trabajo de intención antropológica, una denuncia de las dolorosas situaciones a las que se somete un campesino indio y las limitaciones que impone un ambiente dominado por el alcoholismo, la opresión y la marginación social y jurídica, como se observa en las palabras del propio Ricardo Pozas en una entrevista con el investigador Luis Vázquez León, que registra Lancelot Cowie⁹:

—¿Se puede considerar entonces a *Juan Pérez Jolote* como una denuncia de esta situación de explotación?

—Sí, ése fue el propósito fundamental. Claro, lo que a mí me interesaba no era escribir estudios para las bibliotecas, o para las gentes que estaban dedicadas al estudio de la antropología, sino escribía cosas que llegaran al público más amplio, que todo el mundo se diera cuenta de las condiciones en que viven los grupos indígenas, algo que pudieran leer ellos, que pudiera servir como denuncia, que hubiera una comprensión mayor de esos grupos y por eso escribí el *Jolote*.

⁷ Sara Sefchovich, *México: país de ideas, país de novelas*, p. 132.

⁸ Enrique Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana*, volumen II, p. 236.

⁹ Lancelot Cowie, *El indio en la narrativa contemporánea*.

Juan Pérez Jolote se ha considerado primordialmente como lo que es: una magnífica obra literaria. Con su publicación, Pozas deseaba, ante todo, revelar al hombre tzotzil y lo logró, aunque tal vez por el camino que menos esperaba, el de la novela. Sin traicionar la descripción que de sí mismo hace el personaje, se buscaba que fuera universalmente comprensible. El impacto que produjo la obra fue sorprendente. Las traducciones a otras lenguas (inglés, francés, alemán, polaco, mixteco, japonés y tzotzil)¹⁰ y su positiva recepción en el plano internacional demuestran sus alcances.

Fue una de las obras de mayor influencia en los campos antropológico y literario; otorgó al autor fama internacional. A mitad de siglo, el indio tzotzil era escuchado por primera vez a gran escala. Pozas dio voz a un chamula para que, mediante la narración de su vida, el lector apreciara la visión india del mundo, un ámbito en donde la sobrevivencia es una pelea cotidiana. El lector, al mismo tiempo que va conociendo las aventuras y desventuras del personaje, se adentra en la realidad, no sólo de ese pueblo sino del país entero.

Aquí se narra la historia de un individuo representativo de la comunidad chamula. Mediante un relato en primera persona del singular, como se ha observado antes, se favorece la verosimilitud y se logra mantener el interés en la suerte que le depara el azar cuando se encuentra en medio de la Revolución, donde fue huertista, carrancista y villista sin proponérselo.

¹⁰ Se tradujo al tzotzil después de la muerte de Ricardo Pozas.

Como toda obra que cuenta sus desgracias con este principio de la autobiografía, el *Jolote* pertenece al género testimonial y se desarrolla como la novela picaresca, mediante episodios apenas enlazados con la voz que los refiere. Aunque Pozas registre los acontecimientos desde una práctica ceñida al quehacer antropológico, al trasladar el discurso indígena a la escritura, el sujeto de la enunciación no se limita a reproducir el discurso oral tal y como fue pronunciado, sino que se realiza un trabajo muy minucioso de recreación de lo dicho por el informante. Es decir, se lleva a cabo una elaboración artificiosa que la convierte en una obra de ficción, porque este cruce entre testimonio y ficción es, desde luego, inevitable.

Juan Pérez Jolote atrapa al lector por la inocencia y franqueza del narrador, por la extravagancia del mundo que ofrece y por transgredir las fronteras de los géneros literarios, dentro de las cuales no solían estar los discursos de las periferias culturales. El libro marca una significativa diferencia en relación con los discursos hegemónicos y propicia, con su emergencia, la legitimación de los sujetos no dominantes; enfrenta al lector a un conocimiento que deja en suspenso categorías legitimadas por lo ya visto.

Este narrador, que refiere su vida en lengua española, despoja los hechos narrados de su ritmo en lengua tzotzil, para mostrarse en la lengua dominante. Sin embargo, el lector se fija más en la personalidad india del informante que habla de su vida pasada; se halla ante una conciencia de los pueblos originarios, ante una voz que narra, con sencillez aparente, una intensa y profunda histo-

ria personal y, al mismo tiempo, arroja luces sobre su pueblo:

La tierra de mis antepasados está cerca del Gran Pueblo en el paraje de Cuchulmuc [...] todo está igual como la vi cuando era niño; nada ha cambiado. Cuando yo muera y venga mi ánima, encontrará los mismos senderos por donde anduve en vida, y reconocerá mi casa.¹¹

En este breve fragmento puede verse cómo el relato está cargado de significación humana, de dolor y sentimiento causados por la incertidumbre de la vida. Los tiempos verbales que se utilizan en la narración están en pasado, como conviene a la narración clásica. Se trata de la vida de un individuo que se muestra a través del recuerdo; es la evocación de sucesos que conformaron su ser. La memoria está al servicio de un sujeto y de su comunidad, puesto que se busca testificar ciertas prácticas ancestrales de las tradiciones colectivas mediante un botón de muestra.

El relato se desarrolla en una sociedad marginada, pero se da a conocer a través de un sujeto del sector letrado, el antropólogo Ricardo Pozas Arciniega, que opera como el escriba de su informante, como el mediador que tiene un proyecto ideológico definido, de modo que *Juan Pérez Jolote* es la versión indígena de la historia mexicana reciente, de las vivencias personales de un individuo de la comunidad chamula.

El protagonista vive en la confluencia de dos culturas: participa activamente de la ex-

periencia de la biculturalidad, se mueve entre dos tipos de sistema que tienen diferentes códigos, y puede ver a ambos lados de la frontera. Juan Pérez Jolote es un personaje que vive en la hendidura de dos culturas. Nació chamula, pero su infancia transcurrió al garete entre indígenas y ladinos; luego sólo entre ladinos, como simple instrumento de los vaivenes de la Revolución Mexicana que decidían el rumbo de su vida. Y regresa a ser chamula.

Juan Pérez Jolote siempre estuvo sometido a un extraño proceso, participando en un mundo ajeno, donde no dialogaban indígenas y ladinos porque no se entendían, o ninguna de las partes se interesaba por la otra. Para sobrevivir en ese mundo que le era ajeno, se apropió poco a poco de la herramienta principal, el idioma:

Cuando llegué a la cárcel yo entendía bien la castilla pero no sabía cómo decir las palabras; aprendí a hacer las cosas sin hablar, porque no había nadie que supiera mi lengua, y poco a poco empecé a hablar castilla.¹²

Sin embargo, al mismo tiempo que aprendía español, Juan Pérez Jolote perdía aspectos centrales de su cultura: "A mí se me había olvidado hablar la lengua, poco era lo que entendía."¹³ Al volver a su comunidad, volvió a entrar en contacto con sus padres, pero la comunicación no era ya la misma: "Me dieron una silla; me senté. Me les quedé viendo... No pude platicar con

¹¹ Ricardo Pozas, *op. cit.*, p. 15.

¹² *Ibid.*, pp. 33-34.

¹³ *Ibid.*, p. 52.

ellos, ya no podía hablar bien el idioma.”¹⁴ La adaptación se dio finalmente, aunque no fue fácil:

Yo les hablaba palabras en castilla y palabras en lengua, porque no podía decirlo todo en lengua. Ellos se reían de mi porque no decía bien las cosas en lengua. Y aquí me quedé, a vivir otra vez en mi pueblo. [...] me quitaron mis trapos y me dieron un chamarro de lana que me cinché al cuerpo con un cinturón de gamuza, sobre mi calzón y mi camisa de manta. Ya era de nuevo chamula [...] yo estaba triste; ya no sabía vivir como chamula. Y entonces pensé: “¿Para qué vine a mi pueblo? ¿Qué me hizo venir? Si no pude estar aquí cuando era chico... Ahora que todo lo veo tan raro, que no puedo hablar como la gente y que se me han olvidado las costumbres”.¹⁵

Juan Pérez Jolote enalteció la literatura indigenista mexicana, dignificó al protagonista indio y lo llenó de vivacidad mediante un lenguaje que parece muy natural, lleno de localismos no exentos de humor y hondura, con los que establece rápidamente una relación de empatía con el lector. Además de esto, *Juan Pérez Jolote* prefigura trabajos de gran importancia para Chiapas: *Balún Canán*, *Oficio de tinieblas* y ciertos relatos breves de Rosario Castellanos, así como otros libros de alta calidad menos conocidos, por ejemplo, el libro de Ámbar Past *Conjuros y ebriedades* (1984), una obra colectiva del Taller Leñateros, que da voz a las oraciones y a los conjuros tradicionales de las muje-

res mayas de los Altos, una labor que se llevó a cabo durante muchos años.

También está la novela *Los arrieros del agua* de Carlos Navarrete (1984), que se hermana con *Juan Pérez Jolote* en más de un aspecto; entre otros podemos referirnos al personaje de Doña Idolina, un varón que se transforma en bruja y se viste de mujer, no porque así manifieste una supuesta homosexualidad, sino por hacer un homenaje a su padre, que siempre quiso tener una hija. Este personaje de la novela de Navarrete quizás tenga su antecedente en la novela de Pozas, la señora Nana María Cocorina, hombre vestido de mujer, “que lleva un brasero con copal y acompaña a los grandes funcionarios religiosos” durante el Carnaval Chamula.

En el marco de la novela indigenista, recientemente apareció publicada por la Universidad Autónoma de Chiapas la traducción de *Febrero loco. Muerte y vida en los Altos de Chiapas* de Carter Wilson, quien estuvo en la comunidad de San Juan Chamula hacia los años sesenta y fue recibido para aprender el idioma y estudiar la sociedad. Vivió con la familia del escribano del pueblo, quien se encargó de guiarlo y de mostrarle el complejo universo de la cultura indígena: “él me llevaba a ceremonias en las que participaba en Zinacantán. A la luz de la luna nos deslizábamos borrachos por precipicios, por caminos resbaladizos, llevando a su hijo más pequeño dormido en sus brazos”.

El papel del indígena ha sido invariablemente el de la víctima. El protagonista de *Juan Pérez Jolote* asume esta circunstancia. En la narración se observa al personaje niño huyendo de los malos tratos de su padre;

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Ricardo Pozas, *op. cit.*, p. 54.

después sabemos que es llevado por la leva y se convierte en soldado. Vuelve a su pueblo, contrae matrimonio y, sin abandonar nunca su impulso de vivir, ocupa cargos: mayordomo, sacristán, alférez, maestro de castellano y borracho vendedor de aguardiente.

Entre los méritos de *Juan Pérez Jolote* está –con su aparición– el hecho de que el indígena pasó, en la literatura mexicana, de sujeto pasivo a narrador. Esta obra se ha difundido en varios países; también han accedido a su lectura miembros de las sociedades presentes en el relato: indígenas y ladinos. Distintos grupos indígenas pueden verse expresados en la obra de Pozas; toman conciencia de lo que viven. La obra se torna fuente de inspiración para el cambio social. Mediante el tratamiento biográfico del protagonista, se observa la cultura indígena en proceso de cambio debido al inevitable contacto con la civilización occidental o ladina. Constituye, en tanto que historia humana que va más allá del retrato costumbrista, una parte fundamental del rescate de la diversidad cultural del país.

Junto con ello, los trabajos de Ricardo Pozas Arciniega son fundamentales para la integración de la sociedad mexicana, porque concibió a los indígenas no como “ellos”, sino como “nosotros”. Antropólogo de gran sensibilidad y hábil narrador, jugó su papel de intérprete mediante un texto sencillo y preciso, de excelente ejecución artística, que lleva al lector a enfrentarse con un mundo lleno de magia, de misterio, de algo que lo sobrepasa.

Bibliografía

- Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana*, volumen II, México, FCE, 1980.
- Cowie, Lancelot, *El indio en la narrativa contemporánea*, México, INI, 1990.
- Pozas, Ricardo, *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil*, México, FCE, 1973.
- Sefchovich, Sara, *México: país de ideas, país de novelas*, México, Grijalbo, 1990.
- Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, FCE, 1987.
- Wilson, Carter, *Febrero loco. Muerte y vida en los Altos de Chiapas*, México, 2017.

